

## CIENCIA, CAPITALISMO, PSICOSIS

Jesús González Requena  
Departamento de  
Universidad Complutense de Madrid

1. **El texto de la ciencia: verdad objetiva: lógica, fáctica.**
2. **El discurso de la ciencia.**
3. **El discurso de la ciencia carece de sujeto.**
4. **Capitalismo, mercancía, valor de cambio.**
5. **Capitalismo, Publicidad, Deseo.**
6. **Individuo.**
7. **Modernidad / Posmodernidad.**

### 1. EL TEXTO DE LA CIENCIA: VERDAD OBJETIVA: LÓGICA, FÁCTICA

#### El texto de la ciencia configura nuestra realidad

Quisiera invitar a reflexionar sobre la siguiente pregunta: ¿Cómo es nuestra realidad?

Pero podríamos plantear esta cuestión también así: ¿Qué texto tenemos? ¿En qué texto creemos? ¿De que texto hacemos depender nuestra realidad?

Sin duda: es el texto de la ciencia el que configura en lo esencial la realidad de nuestra contemporaneidad. Él funda y configura nuestro principio de realidad. Pues sólo en él creemos. O en otros términos: es él el que establece las verdades en las que creemos.

Permítanme, por eso, una reflexión sobre la índole de éstas.

## Verdad objetiva: fáctica y lógica

Para la modernidad, en tanto definida por el discurso de la ciencia, no existe otra verdad que la verdad objetiva, que se manifiesta bajo las formas de verdad fáctica y de verdad lógica.

La primera, la verdad fáctica, estriba en la correspondencia entre los enunciados y los hechos. Es, por eso, una verdad objetiva, es decir, desubjetivizada, organizada sobre la exclusión del sujeto.

Por su parte, la verdad lógica es la técnica de la correcta inferencia: determina las deducciones que podemos realizar a partir de determinados enunciados. Es una cuestión de coherencia discursiva: la suya es una verdad sintáctica.

Pero, en todo caso, como la verdad fáctica, la verdad lógica es también objetiva. Pues depende de las propiedades de esos objetos que son los signos y de las de los enunciados que los articulan. Es, pues, una cuestión de código.

Su carácter objetivo, desubjetivizado, lo demuestran inequívocamente esas máquinas modernas que la realizan: los ordenadores. Máquinas que funcionan en tanto movilizan enunciados dotados de una coherencia inapelable, definidos inequívocamente en ese código cerrado que llamamos *programa*, de manera que el sujeto, frente a ellos, sólo aparece como una fuente potencial de ruido.

Por eso, tanto la verdad fáctica como la verdad lógica se caracterizan por ser verdades objetivas: dependientes exclusivamente de los objetos, y, en esa misma medida, en todo independientes de los sujetos.

La verdad objetiva es el territorio y el patrimonio de la ciencia.

## Los objetos de la ciencia / cosas de lo real

Una aclaración es, a este propósito, necesaria: les hablo de los *objetos*, no de las *cosas*.

Pues las cosas son siempre singulares, irrepetibles. A ellas no se les puede aplicar el método experimental, que exige, por principio, de la repetición del experimento.

La ciencia sólo se ocupa de *objetos*: y sus objetos no son las *cosas*, sino categorías de cosas —es decir, conceptos—: pues sólo la categoría puede repetirse.

Los objetos de la ciencia son, por eso, conceptos teóricos, categorías necesariamente genéricas, abstractas. Es decir, signos. Pues, como se sabe, todo signo es categórico: designa un conjunto indefinido de cosas singulares.

De manera que las verdades objetivas no son lo real en sí mismo –pues lo real es siempre singular e irreplicable–, sino lo real en tanto modelado por el discurso de la ciencia: sometido a sus signos, a sus reglas sintácticas y semánticas.

O en otros términos: las verdades objetivas son el efecto del discurso de la ciencia.

## 2. EL DISCURSO DE LA CIENCIA

### El discurso de la ciencia: hipercodificación

Exigimos de los signos y de los enunciados científicos que posean significados precisos, explícitamente definidos, unívocos, totalmente reductibles al código. La indefinición y la ambigüedad son rechazadas por principio.

Ahora bien, convendría añadir que esta hipercodificación que exigimos al discurso de la ciencia responde a un hecho al que no siempre se da la debida importancia. Me refiero al carácter comunicativo, es decir, intersubjetivo, de la ciencia en tanto discurso e institución.

Como saben, el rasgo distintivo de la ciencia moderna es su carácter experimental: de él depende el establecimiento de las verdades fácticas. Por eso mismo, el método experimental no es sólo un método de indagación de lo real sino, también, simultáneamente, un método de comunicación de los resultados de esas indagaciones.

Pues lo que hace científico a un experimento determinado no es tan sólo su realización, sino su repetibilidad. O en otros términos: la demostración de la hipótesis no es producto del éxito del experimento en sí mismo, sino del éxito de su repetición.

Ahora bien, para que el experimento pueda ser repetido –y, así, validada o rechazada su hipótesis– debe poder ser, previamente, comunicado con absoluta precisión.

De manera que el experimento, en tanto diseñado para poder ser comunicado, es configurado como un discurso. Y lo que llamamos diseño experimental mismo, es exactamente eso: un discurso que define con precisión todas las variables que intervienen en el experimento.

## El discurso de la ciencia: intersubjetividad: desubjetivización

La ciencia moderna reposa en su conjunto sobre esta exigencia: la de la repetición objetiva del experimento, de manera que cualquier miembro de la comunidad científica pueda repetirlo para así confirmar o descartar la hipótesis.

Así, el hecho objetivo es aquel que todos los miembros de la comunidad científica pueden verificar como repetido si repiten el experimento.

De lo que se deduce que lo que llamamos objetividad de la ciencia es, en sentido estricto, intersubjetividad.

Lo objetivo es, en todos los casos, lo intersubjetivo: aquello que todo sujeto puede verificar en tanto que se somete a reglas y procedimientos que eliminan su singularidad, es decir, su subjetividad.

Y así, la intersubjetividad se nos manifiesta como la vía de la objetividad y de la desubjetivización: todos los observadores, en tanto meros ejecutores de ese discurso —el diseño experimental que modela y preside el experimento— pueden repetirlo en la medida, precisamente, en que, en aras a la intersubjetividad, anulan, excluyen la singularidad que les hace sujetos.

O en otros términos: lo objetivo e intersubjetivo son el resultado de la exclusión de lo auténticamente subjetivo, esa singularidad que nos habita y constituye, a cada uno de nosotros, en tanto sujetos irrepetibles.

Propondría denominarlo por eso, para evitar confusiones, como lo *intrasubjetivo*.

### La realidad de la ciencia

Y por ello, la verdad objetiva, científica, es esencialmente, a la vez, abstracta y desubjetivizada: se construye a partir de una doble exclusión de lo real; de lo real de las cosas, siempre singulares e irrepetibles y, simultáneamente, de lo real del sujeto, de su intrasubjetividad no menos irrepetible.

La verdad objetiva es, por eso, el producto de esas las máquinas de objetividad que son las máquinas de la ciencia —y hoy en día los experimentos, los ordenadores, se confunden.

Nace así, de espaldas a lo real de las cosas y de los sujetos, como el efecto mismo de la lógica del significante, la realidad de la ciencia como el conjunto de las verdades objetivas que el discurso de la ciencia construye.

Y, a través de esos ámbitos aplicados del discurso de la ciencia que son los discursos tecnológicos, configura lo que la modernidad concibe como la realidad.

### 3. EL DISCURSO DE LA CIENCIA CARECE DE SUJETO

#### El discurso matemático: despliegue de la lógica del significante

Permítanme que les ilustre estas propiedades del discurso de la ciencia a partir de algunos ejemplos sencillos provenientes de ese discurso del que procede y que ha constituido siempre, como Descartes señalara, su ideal: el discurso matemático

He aquí un enunciado matemático:

$$2 = 1 + 1 - \text{dos igual a uno más uno.}$$

Pues bien, no hay en él ningún sujeto: sólo significantes matemáticos. Y lo propio de los significantes matemáticos es que su significado es semánticamente vacío, pues es un significado puramente sintáctico: sin otro valor que el relacional.

¿Cómo se semantiza entonces el discurso matemático?

Por esta vía: *2 manzanas = 1 manzana + 1 manzana.*

Es decir, el discurso matemático se semantiza en la medida en que se proyecta sobre lo real. Pero, en cierto modo, en tanto que la lógica matemática se conserva intacta, ésta es sólo una apariencia de semantización. Pues de hecho, en términos matemáticos, las manzanas están destinadas a desaparecer: a ser despejadas:

$$2 \text{ manzanas} = 1 \text{ manzana} + 1 \text{ manzana.}$$

Es decir, en suma:  $2 = 1 + 1$

Lo que, de hecho, no es otra cosa que una tautología: nada hay a la izquierda que no esté a la derecha del signo igual.

Y esto es entonces lo que se deduce: que las matemáticas son las propiedades mismas del significante: no son otra cosa que el despliegue sistemático de la lógica del significante.

No hay ahí, desde luego, sujeto del enunciado: pues lo que ocupa su lugar no es otra cosa que un significante: el significante *dos*.

Y tampoco sujeto de la enunciación: su lugar está ocupado por el código. Pues está escrito en el código: el significado –puramente sintáctico– del número *dos* es *uno más uno*. Y el sujeto es en cambio, precisamente, lo otro del código.

### Las verdades objetivas: el discurso de la ciencia y supresión de la singularidad

Les decía antes que las verdades objetivas no son lo real en sí mismo –pues lo real es siempre singular e irrepetible–, sino lo real en tanto modelado por el discurso de la ciencia: es decir, sometido a sus signos, a sus reglas sintácticas y semánticas.

Remitámoslo ahora a nuestro ejemplo: ¿cómo gestiona el lenguaje matemático el mundo de las manzanas?

Evidentemente, a través de la categoría, del concepto abstracto *manzana*. Pues si atendemos a la singularidad de cada manzana, es evidentemente falso que

$$2 \text{ manzanas} = 1 \text{ manzana} + 1 \text{ manzana.}$$

Sencillamente porque las manzanas singulares no pueden sumarse, sólo pueden sumarse en tanto ejemplares de la categoría *manzana*.

$$\text{Manzana} = \text{manzana}', \text{ manzana}'', \text{ manzana}''' \dots$$

Esa supresión de la singularidad de cada manzana se traduce expresivamente cuando la cosa se formaliza en lenguaje matemático:

$$2x = 1x + 1x$$

¿Qué es  $x$ ?

Una pura abstracción:  $x$  puede ser cualquier cosa. O más exactamente: cualquier categoría de cosas.

Les decía: nace así la realidad de la ciencia, como el conjunto de las verdades objetivas que el discurso de la ciencia construye. Y por eso la realidad de la ciencia es una realidad abstracta: está construida con abstracciones que tienden a despejar –y a invisibilizar– toda emergencia de lo singular, es decir, de lo real.

#### 4. CAPITALISMO, MERCANCÍA, VALOR DE CAMBIO

##### La producción industrial como producción de abstracciones

Les decía: a través de esos ámbitos aplicados que son los discursos tecnológicos, el discurso de la ciencia configura lo que la modernidad concibe como la realidad.

Pues esa configuración de la realidad por el discurso de la ciencia encuentra su más precisa realización en la producción industrial. Que es, precisamente, una producción de categorías. Es decir: de abstracciones.

Veámoslo a través de un ejemplo típico de la producción industrial –que es, como se sabe, producción en serie.

Todo coche es un coche seriado, pertenece desde su origen a una serie: la serie, por ejemplo, de coches del modelo A. De manera que la materia real que lo constituye está totalmente configurada por las exigencias de ese modelo, hasta eclipsarse del todo en él. Por eso, las fórmulas matemáticas, aplicadas a los coches, es decir, a las producciones industriales, resultan más convincentes que cuando las aplicamos a los productos de la naturaleza tales como las manzanas.

Quiero decir: es mucho más convincente afirmar que:

$$2 \text{ coches del modelo A} = 1 \text{ coche del modelo A} + 1 \text{ coche del modelo A}$$

que afirmar que:  $2 \text{ manzanas} = 1 \text{ manzana} + 1 \text{ manzana}$ .

Pues los coches del modelo A se parecen mucho más entre sí que las manzanas.

De manera que la sociedad configurada por ese derivado del discurso de la ciencia que es la producción industrial, es decir, la sociedad capitalista, se nos descubre como una sociedad abstracta.

##### El discurso de la ciencia: producción e intercambio

O en otros términos: el capitalismo es el resultado de ese proceso histórico por el que se manifiesta la progresiva hegemonía del discurso de la ciencia en la construcción de la realidad social.

Pero lo antropológicamente decisivo de este proceso no estriba en que el ámbito económico de la sociedad contemporánea sea configurado al modo

capitalista, sino el hecho de que ese modo, y la lógica que lo rige, se expande hasta hegemonizar la sociedad en su conjunto.

Conviene que nos detengamos en los rasgos mayores este proceso.

Como se sabe, el ámbito económico está configurado por dos regiones: la producción y el intercambio: es decir, de manera simplificada: por las fábricas y el mercado.

Pues bien, el discurso de la ciencia no sólo rige el sistema productivo, sino también el sistema de intercambio.

Podríamos decirlo así: el producto seriado, objetivado, es la realización industrial del objeto de la ciencia, es decir, la realización, por ello, de la verdad fáctica. Y, a su vez, la mercancía es la realización mercantil del objeto de la ciencia, es decir, la realización de la verdad lógica.

### **La lógica del mercado: el valor de cambio, la universalización de la mercancía**

De hecho, es el mercado el que rige, a través de la ley de la oferta y la demanda, el sistema productivo. Y el discurso del mercado es, como el de la ciencia, un discurso absolutamente matematizado y, en esa misma medida, absolutamente dessemantizado.

Pues el significado económico, es decir, mercantil, de cualquier objeto, en tanto mercancía, es una abstracción absoluta: el dinero. Pero ya no oro, ni moneda, ni papel: tan sólo esa abstracción que se despliega virtual en el mundo de la Bolsa. Ya no, pues, dinero en su sentido físico, sino en el lógico, sintáctico, no más que signo del valor de cambio: el tiempo medio de trabajo invertido en su producción –tal es, les recuerdo, la definición marxiana. Y por tanto: significado sin significado, vacío de sentido.

Por eso, en tanto realización sistemática de la lógica del discurso de la ciencia, el capitalismo se manifiesta como un orden social radicalmente objetivo y abstracto. O, dicho en otros términos, jugando a fondo con la ambivalencia, a la vez económica y filosófica del término: especulativo –y por cierto que en el sentido que diera Kierkegard a esta palabra.

Su realización extrema, como Marx anticipaba, sería la conversión de todo en mercancía. Pues, por su propia lógica económica –es decir, también: significante– la lógica del mercado tiende a reducir a ese orden todo tipo de cosa. Es decir: tiende hacia la especulación absoluta.

De manera que el valor de uso –que constituye la dimensión de la apropiación de la mercancía por un sujeto–, dado que es siempre singular, no resulta económicamente computable: para la lógica capitalista no significa nada. Tan sólo resto, basura, ruido.

Les decía al comienzo de esta conferencia que la realidad se construye como texto: el discurso del mercado configura el sistema productivo y a través de él modifica empíricamente la realidad.

Veámoslo retornando a nuestro ejemplo de las manzanas: ¿Acaso las manzanas de la caja de manzanas de “Carrefour” no se parecen entre sí mucho más que las manzanas que uno puede coger de un árbol?

Es así, desde luego, pero habría que añadir: cada vez menos, porque la tecnología de producción agrícola, determinada por el mercado, tiende a fabricar árboles que produzcan manzanas semejantes e idóneas, homologadas: tiende a realizar la categoría abstracta y objetiva en lo real.

Y la especulación absoluta alcanza también al individuo:

En cierto modo, la sociología moderna, funcionalista, lleva décadas realizando el borrado del sujeto, a través de esa otra tecnología derivada del discurso de la ciencia que es la estadística:

$$1 \text{ hombre} + 1 \text{ hombre} = 2 \text{ hombres.}$$

Observen el escalofriante resultado de despejar esta ecuación:

$$1 \text{ hombre} + 1 \text{ hombre} = 2 \text{ hombres.}$$

Les había advertido sobre ello: nuestra realidad, en tanto configurada por el discurso de la ciencia, excluye lo real. Y, en esa misma medida, excluye lo real del sujeto.

### Fórmula

080



081



082



083



084



085



086



087



088



089



090



091



092



093



094



*Protagonista: –Si el tiempo de vida es largo el índice de supervivencia se reduce a cero. Yo era perito de una empresa de automóviles. Mi trabajo era a aplicar la fórmula.*

*Acompañante 1: –El niño atravesó el parabrisas por aquí, tres puntos.*

*Protagonista: –Un modelo fabricado por mi empresa sale a una velocidad de 100 kilómetros por hora, la dirección se bloquea.*

*Acompañante 1: –El aparato dental del adolescente se incrustó en el cenicero del asiento trasero. Sería una buena publicidad antitabaco.*

*Protagonista: –El coche se estrelló y ardió atrapando a los que viajaban en él. ¿Debería llamar a la fábrica?*

*Acompañante 1: –El padre debía ser muy corpulento ¿ves esa grasa quemada al asiento con la camisa de poliéster? Parece arte moderno.*

*Acompañante 2: –Ja, ja, ja.*

*Protagonista: –A, se toma el número de vehículos de ese modelo. B, se multiplica por el índice de probabilidades de fallo. C se multiplica por el acuerdo económico acordado sin ir a juicio. A por B por C igual a X. Si el resultado es menor de lo que costaría una llamada a fábrica, no la hacemos*

La secuencia de *El Club de la lucha* que acaban de contemplar ilustra de manera extraordinariamente precisa la íntima imbricación entre el discurso de la ciencia y el discurso del capital.

*Yo era perito de una empresa de automóviles.  
Mi trabajo: aplicar la fórmula.*

He aquí el lugar de un sujeto vacío, pues se agota en el sintagma que articula: no más que un agente, un operador intercambiable de una fórmula inapelable. No exactamente alguien que aplica la fórmula, sino, más bien, un operador sometido a la fórmula que aplica. Pues, después de todo, es la fórmula la que, por sí sola, se aplica. Veamos su expediente.

Se define una situación:

*Un modelo fabricado por mi empresa sale a una velocidad de 100 kilómetros por hora, la dirección se bloquea.*

*El coche se estrelló y ardió atrapando a los que viajaban en él.*

A continuación, se plantea un problema:

*¿Debería llamar a la fábrica?*

Y, finalmente, se aplica una fórmula:

*A, se toma el número de vehículos de ese modelo. B, se multiplica por el índice de probabilidades de fallo. C se multiplica por el acuerdo económico acordado sin ir a juicio. A por B por C igual a X. Si el resultado es menor de lo que costaría una llamada a fábrica, no la hacemos.*

Llamemos D a lo que costaría una llamada a fábrica

Es decir: a lo que costarían las modificaciones en la producción de los vehículos de ese modelo.

$$A \times B \times C = X.$$

$$\text{Si } X < D.$$

Entonces: 0.

Si no: D.

El enunciador de este enunciado no es pues otra cosa que un perito —un eficaz ejecutor de la fórmula—: sólo llama si la fórmula lo determina.

Es pues la fórmula, el código, la que llama.

*Aplicar la fórmula* significa, entonces, que el código procesa el horror sin inscribir al sujeto.

### **Los individuos que conducían el coche**

¿Y los individuos que conducían el coche? ¿Cómo aparecen?

No se escriben explícitamente: no son nombrados como conductores ni viajeros.

Se dice sólo que *Un modelo fabricado por mi empresa sale a una velocidad de...*

Pero están presentes con todo. ¿Cómo?

Como demandantes potenciales: es decir, como el coste de las demandas que a partir de sus cadáveres, podrían ser interpuestas contra la empresa.

De manera que no encuentran en este discurso otra forma de existencia que la que determina su valor que económico: es decir, su valor de cambio.

## 5. CAPITALISMO, PUBLICIDAD, DESEO

### Los objetos imaginarios del deseo

Ahora bien, ¿cómo es posible que los individuos puedan alojarse en el interior de este texto que sin embargo tiende a borrarlos como tales?

La pregunta es importante: pues este texto, como todo texto, sólo sobrevive en el mundo de lo real en tanto que cierta energía lo mantiene. Hace falta, para ello, deseo.

Pues bien, los individuos se ven introducidos en el orden del capital a través de su deseo imaginario, que es deseo de objetos.

Y la dimensión imaginaria de esa objetividad se despliega, no menos virtual, abstractamente, en el texto publicitario.

Me refiero a los objetos plenos de la publicidad: ellos imaginarian esa entidad semiótica que es la abstracción *coche del modelo A*. Y así, la mercancía se encuentra, se confunde con el objeto de deseo imaginario.

### El escaparate

052



053



054



055



056



057



058



060



061



062



063



064



*Como tantos otros, me había convertido en un esclavo del instinto Ikea para acomodarse en casa.  
Ah, sí, quiero encargar unos volantes fruncidos Erica...*

He aquí un sujeto totalmente sometido al discurso del mercado tal y como se realiza en su manifestación publicitaria: *Sí, quiero* –dice– lo que el mercado dicta, los objetos que valoriza.

Pues el mercado se manifiesta, a través del catálogo, o a través de la publicidad televisiva, en forma de escaparate: en él, todos los objetos, a la vez que se ofrecen como imágenes seductoras para el deseo del consumidor, se definen por sus precios.

Todo encuentra, así, su precio: un valor de cambio que es a la vez valor deseo –y podríamos decir: valor *diseño*.

El mercado penetra de esta manera en el interior del espacio doméstico –es decir, en el espacio íntimo del sujeto– aniquilando su intimidad para convertirlo en escaparate, en realización misma del mercado.

Se extingue el valor de uso.

Pues la casa convertida en escaparate es una casa para no ser usada, sino tan sólo mirada y mostrada, exhibida como emblema de la capacidad adquisitiva de su morador.

De manera que el espacio interior resulta alienado en escaparate:  
espacio interior estándar.

Y su morador constituido en consumidor-espectador que ejecuta,  
realiza el catálogo que el mercado le ofrece:

*Ojeaba los catálogos y me preguntaba: ¿Qué clase de vajilla definiría exactamente mi personalidad?*

### Cuando compras

119



120



121



122



*Protagonista: Así que cuando compras algo sueles decir que eso, eso es lo que necesito y quiero pase lo que pase. Tenía el problema solucionado. Lo tenía todo, Tenía un buen equipo de música, un armario que rebosaba ropa de marca, Estaba acercándome a la realización personal.  
Durdén: Joder.*

Nos encontramos, así, con una personalidad, una subjetividad que puede ser exactamente definida –con la exactitud propia del discurso de la ciencia: matemática: pues es finalmente el precio de esas adquisiciones el que, a escala del valor de cambio, devuelve la medición de la personalidad de un sujeto que, en ese proceso, ve aniquilada, en tanto matematizada, su subjetividad.

## 6. INDIVIDUO

### Dosis individuales que abolen la subjetividad

067



068



069



070



071



072



073



074



075



076



077



078



079



*Protagonista: Viaje a donde viaje, la vida es siempre: raciones individuales de azúcar, raciones individuales de leche, de mantequilla, bandeja de pollo al cordon bleu para microondas, champús y cremas suavizantes, muestras de enjuague bucal, diminutas pastillas de jabón... Las personas a las que conozco en cada vuelo son mis raciones individuales de amigos. Entre el despegue y el aterrizaje es el único tiempo que compartimos.*  
 TV: Bienvenidos.

¿Quién no conoce esa sensación de alineación que generan los tan confortables como estandarizados hoteles modernos?

Ahora bien, ¿qué nombra el film con la expresión *raciones individuales*, sino el que, en un mundo configurado por el orden de la mercancía, el individuo no es más que el receptor de una dosis seriada?

Y que, así, se ve reducido a mero elemento de la serie, elemento seriado, intercambiable, abstracto.

Ahora bien, como les he advertido, el individuo real, como la cosa, no es intercambiable: es singular, irrepetible. De manera que esas *dosis indivi-*

*duales*, en la medida en que niegan –borran– ese carácter irrepetible, en tanto borran su singularidad real, aniquilan la subjetividad.

### **Alineación, desrealización, fotocopia**

Y así, la abstracción de ese universo que habita, la imposible inscripción de su subjetividad en el orden de la producción y el mercado, le conducen a la alineación –en el doble sentido del término, es decir, tanto en el psiquiátrico como en el filosófico– que cobra la forma de una vivencia de desrealización: es decir, de una pérdida de la dimensión de la experiencia.

045



046



047



048



051



*Protagonista: Cuando se padece insomnio nada padece real. Las cosas se distancian. Todo parece la copia, de una copia, de otra copia.*

Idénticas fotocopiadoras; posiciones idénticas de los empleados que, como el propio protagonista, las hacen actuar o, más bien, se someten a su funcionamiento: panorama de un universo donde la producción en serie y la universalización de la mercancía apuntan a abolir toda singularidad y, en esa misma medida, a aniquilar toda identidad.

### Modorra del placer: ilusión de seguridad

Borrado de la singularidad: pérdida de la dimensión de la experiencia: modorra del placer:

107



108



109



110



111



117



118



*Durden: Si su asiento está al lado de una salida de emergencia o bien si se siente incapacitado para cumplir las funciones descritas en las medidas de seguridad pídale al asistente de vuelo que le cambie de asiento.*

*Protagonista: Es una gran responsabilidad.*

*Durden: ¿Cambiamos en asiento?*

*Protagonista: No, no soy el adecuado para esa tarea en particular.*

*Durden: ¿Para qué la salida de emergencia a 10.000 metros de altura? Ilusión de seguridad.*

*Protagonista: Si, supongo.*

*Durden: ¿Por qué los aviones llevan mascarillas de oxígeno?*

*Protagonista: Para poder respirar.*

*Durden: El oxígeno te coloca. En caso de una emergencia respiras hondo debido al pánico, de ese modo te vuelves eufórico, dócil, aceptas tu destino. Está todo ahí: aterrizaje de emergencia a 1000 km por hora. Caras inexpresivas, tranquilas como vacas hindúes. TV: Bienvenidos.*

*Ilusión de seguridad:* la sociedad del confort generando un mundo donde la experiencia real se vuelve imposible.

La generalización de la alineación protectora: una sociedad acolchada: de espaldas a lo real, vacía de experiencia.

### **El deseo del accidente; recusación del sujeto: psicosis**

En la medida en que ninguna verdad subjetiva le es dada al individuo para constituir, a partir de ella, su subjetividad, sólo una vía le queda para tratar de resituarse en relación con la experiencia de lo real: la de la violencia, es decir, la de la descarga pulsional fuera de toda articulación simbólica.

097



098



099



100



101



102



103



104



*Protagonista: Cada vez que el avión se ladeaba bruscamente durante el despegue o el aterrizaje rezaba para que nos estrelláramos, para que hubiera una colisión en el aire, lo que fuera. El seguro de vida paga el triple si mueres en un viaje de negocios.*

Que suceda algo real: el anhelo de ceñir la experiencia del presente, aunque sea en el límite de la muerte: el deseo del accidente.

El borrado, la recusación del sujeto, conduce así, de manera casi inexorable, hacia un horizonte de psicosis.

## 7. MODERNIDAD / POSMODERNIDAD

### Modernidad: fórmula

El film dibuja así, encarnada en su protagonista, la disociación que caracteriza a los textos de nuestra contemporaneidad.

A una lado, los textos de la Modernidad, es decir, los que configuran una realidad definida por el discurso de la ciencia –y por su racionalidad objetiva, desubjetivizada– tal y como se realiza en el orden económico capitalista.

Al otro, los textos de la Posmodernidad, donde cierto espectáculo del horror devuelve a su espectador una inscripción siniestra –desintegrada, desimbolizada– de su subjetividad.

Tal es la disociación que determina el devenir de ese inquietante texto filmico que es *El Club de la Lucha*.

Y disociación que, en cualquier caso, encontraba ya su más expresiva manifestación en los dos planos sonoros que, en paralelo, se escuchan en la secuencia en la que el protagonista realiza su trabajo de peritación de un coche siniestrado.

080



081



082



083



084



085



086



087



088



089



090



091



092



093



094



Por una parte, la voz en *off* de éste, describiendo los procedimientos de su oficio.

Ya nos hemos ocupado de ello.

Pero, por otra, el diálogo que mantienen los dos hombres que le acompañan:

*Protagonista: –Si el tiempo de vida es largo el índice de supervivencia se reduce a cero. Yo era perito de una empresa de automóviles. Mi trabajo era a aplicar la fórmula.*

*Acompañante 1: –El niño atravesó el parabrisas por aquí, tres puntos.*

*Protagonista: –Un modelo fabricado por mi empresa sale a una velocidad de 100 kilómetros por hora, la dirección se bloquea.*

*Acompañante 1: –El aparato dental del adolescente se incrustó en el cenicero del asiento trasero. Sería una buena publicidad antitabaco.*

*Protagonista: –El coche se estrelló y ardió atrapando a los que viajaban en él. ¿Debería llamar a la fábrica?*

*Acompañante 1: –El padre debía ser muy corpulento ¿ves esa grasa quemada al asiento con la camisa de poliéster? Parece arte moderno.*

*Acompañante 2: –Ja, ja, ja.*

*Protagonista: –A, se toma el número de vehículos de ese modelo. B, se multiplica por el índice de probabilidades de fallo. C se multiplica por el acuerdo económico acordado sin ir a juicio. A por B por C igual a X. Si el resultado es menor de lo que costaría una llamada a fábrica, no la hacemos.*

A un lado, pues, la realidad de la modernidad, en tanto configurada por el discurso de la ciencia y sus derivados: la tecnología, la industria, el mercado, la publicidad; discursos en los que la razón funcional –es decir: la lógica del significante– se despliega inmune a toda inscripción subjetiva.

*La fórmula se aplica*; el código procesa el acontecimiento en su dimensión funcional, pragmática, mercantil. Es decir, en suma, en su valor de cambio.

Y, por otra parte, lo que escapa a la fórmula, lo que ésta no procesa, lo que no puede ser calculado, lo que descarta como impertinente: el coche abrasado, el hijo y el padre muertos, la prótesis dental del hijo incrustada en el cenicero, la grasa del padre recubriendo el asiento: cuerpos arrasados, restos, basura.

Huellas de cuerpos desprendidos de toda articulación significativa: su espacio idóneo no es otro –así lo sanciona el acompañante en su ironía, que capta bien la risa de su avisado interlocutor– que los museos y las galerías del arte moderno. –De hecho, ¿no se ha convertido la “Tate Gallery” en una suerte de museo de los horrores en todo próximo a las escenografías siniestras del cine de terror contemporáneo?

Escenografías de una subjetividad desintegrada, pues ninguna palabra simbólica parece capaz de constituirla y sujetarla.

### **Fórmulas / cuerpo: fractura esquizoide**

A un lado, pues, la razón objetiva de los significantes.

Al otro, la desmesura siniestra de los cuerpos.

Pero ninguna mediación simbólica que pueda reunir, integrar uno y otro campo. Tal es la fractura esquizoide que atraviesa nuestra contemporaneidad.

En ausencia de orden simbólico, sólo hay signos o carne. Y entonces, inevitablemente, la carne deviene insoportable, es decir: siniestra.

### **No la ley simbólica, sino la ley del Club de la lucha**

Así, en ausencia de ley simbólica, sólo queda la ley del Club de la lucha:

123



124



125



126



128



129



130



137



138



139



140



142



143



144



149



*Durden: La primera regla del club es no hablar del club de la lucha. La segunda regla es que ningún socio debe hablar del club de la lucha. En cuanto a la tercera es que si alguien grita basta o desfallece, el combate se acaba.  
Protagonista: En el club de la lucha no era cuestión de ganar o perder. No era. Los gritos histéricos eran letanías como las que se podían oír en una iglesia.*

Leyes, pues, pero que nombran el vacío que inútilmente intentan colmar, pues, precisamente, lo que en ellas se juega no es *cuestión de palabras*.

Estas reglas, las del Club de la lucha, exigen suprimir las palabras para que la violencia, y sólo ella, ocupe su lugar.

Pues Occidente ha perdido toda fe en el valor de las palabras. Sólo cree en los signos objetivos que el mercado –y, en último extremo, la ciencia– sanciona.

Y, por eso, cuando los individuos que lo habitan necesitan algo más que la modorra del placer que la sociedad del bienestar les ofrece, cuando, inevitablemente, reclaman su ración de goce, solo pueden buscarlo de espaldas a las palabras. Es decir, del lado de la aniquilación. No puede extrañarnos, por ello, que el lugar vacío del héroe haya sido ocupado por el psicópata.

**Ciencia, Capitalismo, Psicosis**, en Castrodeza, Carlos (Ed.): **El impacto social de la cultura científica y técnica**, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Secretaría General Técnica, Madrid, 2004.

[www.gonzalezrequena.com](http://www.gonzalezrequena.com)